



### EL POETA DE TORTOSA

Tortosa tiene una capitalidad comarcal indiscutible en la realidad histórica, económica y geográfica. Pero esto no basta para ejercer dignamente la función de ciudad capital. Se necesita el título de una superioridad intelectual. Una capital ha de poder presentar una lista de figuras intelectuales eminentes que se impongan como tales. Sólo así puede subsistir la capitalidad.

Encabecemos la galería de valores intelectuales tortosinos con el nombre de nuestro gran escritor, Mossén Tomás Bellpuig y Joy. La *dulcis amicitia* que me unia con nuestro poeta y un sentido de justicia en favor del escritor excelso, desconocido del gran público y tratado... como suelen ser tratados en vida los grandes valores espirituales, me obligan a hablar de Mn. Bellpuig, descubriendo al pueblo de Tortosa el poeta máximo de su historia.

Habría no poco que decir sobre la conocida frase: el poeta nace y no se hace. Por lo menos hay que admitir que la frase ganaría en exactitud y sinceridad, transformándola en ésta: el poeta nace y se hace.

En Mn. Bellpuig, ciertamente, se cumplió así. Nació poeta: la exquisita sensibilidad de su alma, el sentido estético predominante en todo su psiquismo, fijaron ya, desde los primeros años, la orientación de su poderosa inteligencia y de su gran corazón hacia la poesía. *Hacia la poesía objetiva infinita*, como término de las aspiraciones de su alma, como concreción de su ideal de felicidad. Nada más delicioso y conmovedor que aquellas expansiones íntimas en las cuales nuestro poeta vertía, en el seno de la amistad sacerdotal, sus concepciones (muy superiores a sus versos escritos) sobre la futura felicidad eterna del cielo, bañadas, mejor diré, substanciadas con la poesía por él sentida y vivida en el fondo de su ser y contrastadas con las de un interlocutor teólogo.

*Hacia la poesía elaborada por su alma y plasmada en versos*. Cuando una idea o un sentimiento o afecto predominan en nuestro interior, no pueden contenerse, se desbordan y traducen en gestos, actitudes, etc., y, sobre todo, en palabras. Mn. Bellpuig fue poeta por una necesidad auténtica: por eso dada la modalidad de su espíritu, sus expansiones al exterior no podían ser más que poesía, o algo fuertemente impregnado de poesía.

Y bajo este signo se inició su vida de poeta. Bajo este signo interno y bajo la influencia de un ambiente desorientador. La moda de aquellos días imponía la ejemplaridad de poetas, cuyos méritos no

vamos ahora a aquilatar; pero cuya influencia no era la más a propósito para nuestro poeta novicio: Nizkir de Arc en primer lugar. Aquella literatura, aquel lenguaje, aquella pompa afectada contrastaban con el inconsciente, que se agitaba protestando en el fondo del alma de nuestro joven poeta. Y se produjo la bifurcación de su espíritu traducida en aquellos versos altisonantes, artificiosos, escabrosos muchas veces, que constituyen la producción de la primera época de la vida de poeta de Mn. Bellpuig.

Llegaron entonces a sus manos los versos de Mn. Verdaguer y fueron para él (se complacía en confesarlo) toda una revelación, sobre todo «*Idill's i cants místics*». Aquella frescura, aquella espontaneidad, aquella dulzura, aquella elevación espiritual, aquellos sentimientos tan propios de un sacerdote poeta, aquella literatura y aquella lengua se le impusieron, le cautivaron, orientaron definitivamente la ruta de su poesía.

Amigos y admiradores de nuestro poeta le apellidaban el «Verdaguer tortosino»; y no sin razón, no sólo por la influencia que sobre nuestro sacerdote poeta ejerció el poeta sacerdote de Folgueroles, sino también por la altura a que llega nuestro lírico, que en muchos aspectos, sobre todo como poeta de la Eucaristía, puede compararse ventajosamente con el gran vate de nuestro Renacimiento, así en delicadeza y sublimidad de pensamiento, como en la finura de la expresión literaria.

Pero no se crea que fué Verdaguer la única influencia decisiva sobre Mn. Bellpuig. Un poco más tarde, pero no menos fuertemente, influyó sobre él otro sacerdote poeta, el mallorquín Mn. Costa y Llobera. Aquella elegancia clásica de formas, aquel horacianismo transplantado por Mn. Costa y Llobera al jardín de nuestra literatura vernácula, no podían menos de entusiasmar a quien, como Mn. Bellpuig, sentía tan vivamente la dignificación de nuestra lengua restaurada y la admiración por los clásicos latinos.

Y aquí están señaladas las principales influencias que determinaron el estilo poético de Mn. Bellpuig. Lo demás es obra de su genio personal, que asimilaba los ejemplos exteriores, pero transformándolos al asimilálos y vivificándolos con el hábito de su inspiración personal, con las exquisitices de su sensibilidad, con las vehemencias, con las delicadezas, con el humanismo de su espíritu tan independiente, tan partidario del respeto a la personalidad humana, sobre todo en su desarrollo espiritual.

Estas líneas no tienen la pretensión de ser un estudio completo sobre la personalidad de nuestro poeta; desentona esto en las páginas de un programa de fiestas. Son un esbozo solamente de la génesis y evolución de su nombre para iniciar al gran público en el interés por la figura extraordinaria del más grande de los poetas líricos tortosinos; son como una introducción a la lectura de poesías selectas presentadas aquí mismo por la mano experta del amigo y admirador de Mn. Bellpuig, nuestro insigne historiador D. Enrique Bayarri.

Pero queremos destacar un aspecto, no muy apreciado generalmente, de la personalidad de Mn. Bellpuig: su intelectualismo literario. A la par que volaba su imaginación por las regiones de la poesía, su razón caminaba con paso firme y severo por los caminos de las ciencias literarias. Es difícil y es agradable el constatar la asociación de las vaguedades emotivas de la poesía lírica con las precisiones y seriedades de la ciencia. Pues bien, en Mn. Bellpuig estas dos tendencias, que parecen antagónicas, ciencia y poesía, eran convergentes y se resolvían en una mezcla espiritual admirable. Es tal vez ésta una de las notas más destacadas, más personales y más gloriosas, no sólo de sus versos, sino también, y aún más, de sus insuperables prosas. En ellas, principalmente, es donde el poeta y el pensador se manifiestan en comunión deliciosa.

Y si algún día llega a publicarse la correspondencia epistolar de Mn. Bellpuig, aparecerá como uno de los mejores ejemplares de este género en la literatura mundial. Lo decimos con seguridad de no exagerar y después de haber saboreado muchas veces aquella fluidez, aquella gracia incisiva, aquella claridad y fuerza de expresión de sus inolvidables epístolas.

Destacamos, por su valor de intelectualismo literario, estas dos obras de Mn. Bellpuig: *L'art de escriure bé*, publicada a raíz de las normas ortográficas del «Institut d'estudis catalans». Mn. Bellpuig se dio cuenta enseguida de la trascendencia del momento, y con aquel espíritu de síntesis, de claridad y simplificación que le distingue, presentó dichas normas compendias y racionalizadas en un librito, cuyas cinco ediciones, agotadas en tan poco tiempo, son la prueba del interés que despertó.

La otra obra a que me refiero es de mayor ambición, pero inédita desgraciadamente. Yo la tengo por la obra cumbre del talento literario de Mn. Bellpuig, que impresionará a los doctos cuando sea publicada: es su *Sintaxi Latina*. Profundo conocedor y enamorado de la lengua del Lacio y de la suya vernácula, Mn. Bellpuig encontró entre ambas lenguas afinidades desconocidas o inexploradas, sobre todo en la parte sintáctica. Con la base de nuestra lengua, tal vez la más latina de todas sus hermanas, se simplifican enormemente las dificultades que ofrece la sintaxis latina, que tan complicada y difícil aparece desde el punto de vista de otras lenguas de origen latino, pero mucho más distanciadas que la nuestra de la fuente original. Por esto, para simplificarlos el conocimiento de la sintaxis latina, y para demostrar y hacer estimar la latinitad de la nuestra, escribió Mn. Bellpuig su *Sintaxi Latina*, en la que puso todas sus ilusiones póstumas de literato y todos sus entusiasmos por las dos lenguas preferidas de su corazón: la de su madre natural y la de su madre sobrenatural, la Iglesia.

*Juan Ste. Mangó, Pbro.*